

La mujer en la enseñanza

Pamela O'Malley

El hecho de que la enseñanza como profesión es una de las pocas cuyo acceso ha sido abierto para la mujer desde el siglo pasado, tiene mucho que ver con la consideración que dicha profesión ha merecido socialmente. Ha sido y sigue siendo, un sector de un nivel salarial bajo, comparándolo con profesiones que exigen igual grado de titulación académica. Además, sufre continuos recortes en cuanto a la autonomía e independencia permitidas en el ejercicio profesional.

Tanto programas y currículum como el hecho de la inspección específica representan, sean positivos o negativos, intentos de control.

Es discutible si dichas características de la profesión son consecuencia de la presencia importante de mujeres en ella, o si las mujeres tienen cabida en ella y son aceptadas, debido precisamente, a dichas características poco favorables. Nos inclinamos a pensar que ambos hechos son ciertos.

Porque había muchas maestras en enseñanza primaria y luego profesoras de medias, se mantuvo los salarios bajos y se controlaba la práctica educativa y, a la vez, dicha situación dio lugar al acceso de muchas mujeres a una profesión de la que huían los hombres, buscando mejores perspectivas.

Sin embargo, a pesar de la presencia predominante en el caso de la enseñanza primaria de mujeres, las pautas y orientaciones impartidas por la escuela en el mundo en general han seguido las de las sociedades; es decir, no han hecho más que reforzar los roles estereotipados femeninos y masculinos. La escuela ha servido muy poco, hasta ahora, para la emancipación específica de la mujer, aunque, por supuesto, el acceso a la educación y a la cultura en general ha abierto nuevas perspectivas de todo tipo para la mujer y ha impulsado la lucha por la consecución de su liberación.

Las profesionales de la enseñanza tienen, además, una tradición de lucha, tanto por sus propias reivindicaciones como trabajadoras como en la lucha feminista en general. En casi todos los países muchas de las primeras feministas eran maestras.

Y ya, hoy en día, cuando la lucha feminista ha alcanzado tanta importancia y, a pesar del largo camino que queda por delante, ha conseguido reales victorias y avances, toda la cuestión del papel de la escuela en la lucha antidiscriminatoria recibe mucha más atención y análisis.

Obviamente, no es tarea solamente de las maestras y profesoras, sino de todo el profesorado y de las autoridades educativas, velar por el cumplimiento de una política feminista en el campo de la educación; pero como en todo, es obligación de las mujeres iniciar la lucha, llamar la atención sobre los aspectos discriminatorios y, día a día, emprender una actuación constante y machacona que impulse una toma de conciencia en torno a estas cuestiones por parte de los compañeros enseñantes, los padres, los alumnos y, sobre todo, las propias alumnas.

Buscando disculpas para el sistema educativo, se puede afirmar que el niño o niña cuando llegue a la escuela a la edad de 3, 4, 5 ó 6 años, ya ha sido tan condicionado o

condicionada a aceptar sus respectivos roles que los asumen con total naturalidad. Sin embargo, en el peor de los casos, y nadie puede negar la presión sufrida en el seno de la familia, en la calle y a través de los omnipotentes medios de comunicación en el sentido de diferenciar el rol del niño y de la niña e imprimirles carácter eterno, no es tarde para rectificar. En el proceso de socialización que representa la educación, se pueden introducir nuevas pautas de igualdad y comprensión, a la vez que se reconocen las diferencias reales que no deben ser motivo de discriminación, sino de enriquecimiento de las personalidades y responsabilidades de ambos sexos.

¿Dónde surgen los elementos discriminatorios en la escuela todavía? En primer lugar, en los instrumentos propios de la institución encontramos algunos. En el currículum ya no existen diferencias normalmente, aunque en la práctica en el área de educación física se siguen separando los chicos y las chicas. También donde existen opciones en cualquier nivel suele haber una tendencia peligrosa de establecer opciones «femeninas» y «masculinas». En los libros de texto de todo tipo, sin embargo, se encuentran los estereotipos continuamente. Ya se han hecho estudios críticos de este hecho y se nota un mayor cuidado en los libros más recientes, pero debe ser obligación del enseñante corregir la presencia constante de la mujer cumpliendo su rol inferior tanto en el texto como en la parte gráfica o su ausencia total cuando de importantes acontecimientos se trata. No se pide un re-escribir la historia, ni una falsificación de los hechos, sino una explicación razonable de las causas de los roles y ausencias, si es que eran tales, de los cambios que ya están en marcha y de las perspectivas futuras deseables y alcanzables.

Desde el punto de vista del profesorado ya existen estudios que demuestran que casi todos prestamos más atención y hablamos más en clase con los chicos que con las chicas. Tiene una explicación sencilla.

Los chicos son más agresivos y reclaman más atención, pero, otra vez, el profesorado debe realizar un esfuerzo consciente para rectificar esta situación y prestar más atención a quien menos lo exige, es decir, a las chicas.

Pero donde más incidimos todos, los padres, los profesores y el sistema educativo en sí, en actitudes discriminatorias, es a la hora de evaluar tanto las realizaciones de cada alumno y alumna como sus expectativas. Por una parte, se esperan comportamientos distintos de los distintos sexos. Se permite mayor libertad al niño que a la niña y se exige más a la niña con respecto a la presentación del trabajo, el orden, la limpieza, etcétera. En cuanto a modales, se permite más margen al chico. Se espera una mayor cooperación de las chicas en la organización del aula, la distribución y recogida de material y tareas simples de todo tipo que se necesitan para la buena marcha de la actividad escolar. En este sentido, el alumno tiene más posibilidad de «pasar», como igualmente pasa en muchos hogares de las tareas domésticas.

En el aspecto académico, se acepta la falsa existencia de asignaturas «femeninas» y «masculinas». Debajo de estas actitudes (las ciencias y las matemáticas para los chicos, las humanidades, idiomas y todo lo relacionado con el hogar y la familia para las chicas) se encuentra una toma de postura sobre la vida futura de adulto de cada cual. El chico va a trabajar y a vivir en el mundo y asumir sus responsabilidades cívicas, políticas y sociales, mientras que la chica se casará, tendrá niños y los cuidará. A pesar de que la realidad va cambiando y más y más mujeres acuden al trabajo cuando lo encuentran, además de tener y atender a una familia, sin embargo, las actitudes perduran. A la hora de decidir quién va a seguir estudiando, si hace falta elegir, es el chico y no la chica quien será elegido, sea o no el mejor estudiante. Puesto que se exige más del chico y se espera más de él, en muchos casos supera a las chicas, puesto que las expectativas creadas en torno a un alumno a alumna, juegan un papel importantísimo en su capacidad de éxito. Tanto padres como

profesores tenemos que aprender a discriminar positivamente con respecto a las chicas para superar la falta de seguridad y creencia en su propia capacidad, que tantos siglos de machismo han creado.

Hacer de la escuela un instrumento potente en la lucha por la emancipación de la mujer exige muchas cosas. En primer lugar, exige una toma de conciencia por parte de la sociedad en su conjunto de que sea necesario; luego una voluntad política por parte de los gobernantes a todo nivel de asumir en serio tal política y disponer medios para su realización.

Por otra parte, todos los componentes sociales, partidos políticos, sindicatos, asociaciones de padres y de alumnos, tendrán que elaborar estrategias de cara a la lucha feminista y para combatir la ideología reinante en torno al papel de la mujer. Pero para que algún día se alcancen dichas condiciones, el análisis concreto de la situación de las aulas debe conducirnos a por lo menos una nueva actitud profesional en torno a estas cuestiones y un intento de despertar a todos hacia las responsabilidades educativas en este campo.